



EN AQUEL TREN

Por Juan José Hormigo Bautista.

Esta verídica historia, tuvo lugar en un tren .Un tren de la década de los 60 del siglo pasado. Concretamente en el año 1961.

Eran años difíciles y aunque España iba mejorando, el hambre no estaba erradicada totalmente, para los pobres que habían tenido tragedia o desgracia en su casa.

Yo tenía por aquel tiempo 21 años y prestaba servicio militar en Córdoba. El Regimiento era el 42 de artillería, aunque después me llevaron a Melilla.

Aquel verano del 61 fue muy caluroso y en la capital de los Califas hubo días que el termómetro subió hasta los 45 grados.

Tuve suerte y me dieron permiso en la primera tanda. La segunda ya no lo disfruté, lo suspendieron.

Una vez finalizado en mi pueblo el permiso, como es lógico regresé al cuartel. Y ese día el de regreso era el 14 de Agosto.

En Montijo subí al tren correos que iba a Madrid a las nueve de la mañana, y a las 13 horas bajé en Almorchón para en otro seguir hasta mi destino. Una hora estuve esperando a que saliera el tren de Córdoba, que los cordobeses llamaban (y digo llamaban porque ya no circulan trenes por esa vía), el tren de la sierra .

Era un tren de vapor con coches de tercera, una locomotora pequeña y vieja, una vía obsoleta ya para aquellos tiempos, con muchos túneles y curvas por lo que la velocidad no superaba los 40 kilómetros por hora.

Un vagón con asientos de madera, ventanillas de corredera vertical, es decir que se subían y bajaban a voluntad del viajero, por donde entraba el aire, el sol y el humo de la locomotora " muy cómodo". En el departamento que yo subí, también subieron tres soldados mas, que como yo regresaban al cuartel después de haberle cumplido el permiso , ocupamos los asientos derechos de espalda a la máquina uno de Helechosa, los otros dos de Siruela. Ocupamos los asientos derechos de espalda a la máquina. Frente a nosotros un matrimonio de mediana edad de unos 50 años. El hombre parecía unos cinco o seis años mayor que la mujer. En el portaequipaje colocaron una cesta de caña, una vieja maleta de cartón y unas alforjas. Nosotros colocamos los petates en el lugar que correspondía al asiento. Aquel vagón olía a sudor, carbonilla y madera recalentada, con aquellas

temperaturas la carga humana que llevaba y el material que lo componía no podía oler a otra cosa. Todos éramos gente sencilla y llana, obreros del campo, mineros criados y soldados.

Primera parada, Valsequillo, y allí subió a nuestro vagón una mujer joven, vestida de riguroso luto con velo en la cabeza como eran los lutos de entonces. En sus brazos llevaba un bebé de meses envuelto en una toca blanca y colgado del brazo izquierdo un hatillo que se supone sería de ropa. No quiso andar más. Como había dos plazas libres en el departamento, allí se acomodó con la niña (pues era niña el bebé), colocando el hatillo bajo el asiento.

Saludó con una buenas tardes y nos miró a los que compartíamos el departamento. Cuando el tren salió de las agujas de la estación, la mujer de edad que iba a su lado le preguntó

1. ¿Donde va la mujer con la cría?

Los ojos negrísimo de la muchacha, ya que solo contaba 20 primaveras miraron con tristeza y ternura a todos y respondió.

1. Voy a Córdoba a trabajar.

La mujer de edad quería profundizar más en su vida, le gustaba enterarse y volvió a preguntar.

--¡Hija mía con este calor y tan arropada! ¿Por quien llevas luto?

--Por mi marido. Soy viuda.

Aquellas palabras nos conmovió a todos. Era guapísima. Una morena de las que abundan en Córdoba y su provincia. Pelo azabache, cutis moreno y de rasgos agareno.

--¡Tan joven y viuda! ¿Cuántos años tienes?

--Veinte, aun no los he hecho, me faltan unos días.

Pero la mujer de edad no quedó satisfecha y preguntaba, quería saber más cosas de la joven. Por lo general la mujer es muy curiosa, aunque también tienen buen corazón.

--¿Que le pasó a tu marido? ¿Era también joven?

La enlutada suspiró. Un suspiro profundo le salió del alma y respondió.

--La mina, la maldita mina me lo quitó Mire usted mi corta vida es de penas y ya que está usted interesada en saber mi vida se la voy a contar.

--No hija. ¡Por Dios! No es que yo quiera saber vidas de nadie

pero...al verte tan joven y tan enlutada con una niña tan preciosa (La niña era un encanto de bonita) , me causa pena, por eso te pregunto.

-- Si, señora, es verdad, doy lástima y no es para menos. Mire usted. Me enamore de Juan a los 13 años y el de mi, y soy de Peñarroya, el era de Valsequillo, nuestro amor era puro y mis padres no se oponían a mi elección. Mi padre también minero trabajaba en la mina y a los quince años lo entró a trabajar con él en la dichosa mina, el era del campo sin trabajo fijo, y allí entre el carbón debajo de tierra creíamos tener una fortuna, ya que el jornal era diario.

A los 19 años quedé encinta. Y se lio la marimorena. Mis suegros empezaron a oponerse y criticarme, que si era una zorra, que había atrapado a su hijo, pero Juan se casó conmigo. Compró una casita en su pueblo y allí nos fuimos a vivir. El seguía trabajando en la mina, y mis suegros se apaciguaron y ya no me trataban tan mal. Poco antes de nacer mi niña estando haciendo las labores de la casa se presentó Antonio, un minero amigo suyo que trabajaba con él, llegó sucio y lloroso, " Vente Natalia conmigo. Ha habido un derrumbe y Juan está herido". Pero por su nerviosismo, por su manera de expresarse supe que mas de lo que me decía había sucedido.

--Dime la verdad Antonio ¿Que ha pasado?...le dije nerviosa.

Entonces el se echó a llorar " Valor Natalia, tu marido es uno de los muertos", su cuerpo ha sido trasladado al deposito de Peñarroya".

--Me sujetó, sino caigo redonda al suelo.

Después vinieron mas desgracias, mi padre fue despedido por hablar mas de la cuenta, según ellos quedamos en la miseria. Nació mi hija, y no tenia ni para pañales ni para comida; total que una amiga mía me ha buscado un trabajo de sirvienta en Córdoba y allí voy.

Llegó la hora de comer. El hombre de edad y la mujer bajaron la cesta de caña y las alforjas y de ella sacaron pan, queso y chorizo.

Nosotros los soldados bajamos los petates y también sacamos lo que nuestras madres nos echaron. Yo un pollo frito y tortilla. La pobre Natalia nada llevaba.

--A comer todos—dijo el hombre—La viuda se puso colorada y dijo.

Yo no tengo hambre. La miramos y comprendimos la verdad, nada llevaba para llevarse a la boca.

--Tú comes con nosotros-le dijo la mujer curiosa. Si dijimos todos. Tienes que comer, y le dimos todos algo. Tenía hambre y comió. Yo le di un muslo de aquel pollo que con lágrimas y ternura me preparó mi madre para el camino. Si me lo hubiese comido yo no me hubiese sentado mejor, y eso nos pasó a todos. Aquella infeliz no encontraba palabras para agradecer la acción que con ella

hicimos.

Pasada la estación de Obejo, la niña rompió en llanto.

--¡Pobre mía tiene hambre mi cielo. Mi Margarita de mi alma!

Natalia estaba remisa, no quería sacar su mama delante de nosotros y le susurró algo al oído a la mujer de edad.

--Anda...mujer. Ellos no se fijan en eso. Es para dar teta a la niña, no se va a morir de hambre.

La convenció y de su blusa negra extrajo una morena teta con la que amamantó a su pequeña. Pasaba el tren por un túnel y aprovechó la oscuridad para guardarse su mama. Restos de blanca leche quedaron en su blusa negra.

--Buena ama de cría dijo el hombre mirando a su mujer. Natalia se puso roja y nada dijo. El tren había llegado a su destino.

Días después la vimos por las Tendillas de Córdoba, nos dijo que estaba muy bien. Que su ama era muy buena y le había regalado una cuna para su Margarita.

Nos alegramos mucho Julio y yo que éramos dos de los soldados que viajamos con ella, el otro Joaquín, ya había salido para Melilla, dos días después salimos nosotros. Nunca mas la he vuelto a ver, pero en mi alma quedó un sentimiento hacia aquella pobre criatura que jamás se me olvidará por muchos años que viva.

Es una vivencia mas de las muchas que me han acontecido en mis 68 años de existencia.

(Publicada, en el libro experiencia y vida del año 2002)

12 de Febrero de 2.008